

Marcos Rincón Cruz

UMBRAL DE PLENITUD



CUADERNOS DEL LABERINTO

— *Anaquel de poesía* —

Marcos Rincón Cruz

UMBRAL DE PLENITUD

(2007-2013)

Prólogo de
Juan Miguel Domínguez Prieto



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, n^o 37—
MADRID • MMXIV

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección: ALICIA ARÉS

De la obra © MARCOS RINCÓN CRUZ

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de portada: Photowings (con licencia de shutterstock)

Prólogo © JUAN MIGUEL DOMÍNGUEZ PRIETO

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento
y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por
método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Abril 2014
I.S.B.N: 978-84-942539-1-1
Depósito legal: M-10627-2014

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRESENTACIÓN

Umbral de plenitud es el libro de Marcos Rincón más bellamente obsesivo. Hay noche, pero no sombras de hesitaciones: se sabe cuál es la Luz. Su reboamiento de alma dice: he caminado antes la certeza. Ahora el libro es como su obsesión insistente; con este perfil: del lado espiritual de la otra ladera. Sobre ella, ha retallado, sin vuelta, sin vuelta, un sosiego inquietante. Habiendo cruzado límites humanos varios y entrado adonde se canta «es la hora», la paradoja se sabe feliz. Sosiego inquietante hacia el Gozo. Mansedumbre donde la Gracia no deja de hacer. También, sosiego inquietado hasta el Rostro definitivo que se buscara.

Leemos cada poema con más y más premura que el anterior: hemos sido concitados por una moción interna que se ha traído el poeta de lo Alto; o a la que se ha abandonado, rítmico a su entrega. Porque se da un apremio de hermosura más allá de que, sobre el halcón, se haya visto ya el triunfo de la tórtola. Olvidada entre azucenas la propia historia humana que entre versos trasparece, a uno, como a él, le urge estar siendo trasladado, de un vuelo, en este vuelo, al desenlace de los esplendores, ya más que cargados de anuncio.

Si todo hombre —y sí, el verdadero poeta— es llamado a recrear irrepetiblemente el Cantar de los cantares en sí, aquí hay un canto veraz de que está entrando por la ventana entornada la primavera y que —acompañada de alondra o mirlo— lo verifica su aire sobre nosotros. «Que están amanecidos los almendros». «Y nos está brotando / un resplandor de ciervo en la mirada».

Testimonio poético, en esta hora, son los vuelos redimidos de la caza del mundo, y ya sobre cumbres del Alto Cetrero en que dejarse enteramente; «fiel profecía de transfiguración / que hace llama de vuelo el ala herida»; «fénix el fuego». «Palabraluz».

El poeta se ha trascendido sobre un martirio largo en la cotidianidad, deshojándose en paciencia porque quede en sí —esencial, salvado— el claro Amor que tantos días y días no dejaba contemplarse. Ha vivido, vive en la «audacia del almendro»: nuncio, en invierno, de la Tierra nueva. Cazaba; y va a cazar la Luz donde más parecía frágil su ala.

Y va para dejarse cazar, sin peligro de que sobre sí venga otra mano a tomarlo que la de la Belleza. ¡Amigo, que ya ha lidiado tanto «con endecha de tórtola»!

Así que se abandona a una trans-unción —cierta ya— y corre a ungrir al Amor de su Canto. Es traspasado y atraviesa. «Se envuelve en la luz que regenera» y deja atraerse por «estos soles que lo labran» hasta la precisión. Porque en Marcos cada acento irénico es una conquista arrancada al suelo del sí. «Se acreció el canto... // de desnudez a primavera». A Cantar ganado.

Y al Amor asciende *obsesivamente* —*afanante* con su contemplación— y deja ganarse por el Cielo —«imantado» desde «la faz que los imanta»— por elementos y acciones en tríadas casi unificadas: se anuncia, llama, espera; luz, brasa y fruto; siembra, espera y camino; salir, mirar, ungrirse; noche, aurora y llama; ojos, ansias y horizonte; trinos, primaveras y ventura; espera, sueña, sube... Sube. A la definitiva caza. Por escalas de trinidades que anuncian la completud. Por la medida pureza natural, por lo límpido *sobreclásico*: «Cual árbol y paloma, en la intemperie, / aprende el alma». Qué sala sin nada, más que la desnudez que vale. Qué respiración de lo

esencial descalzo. Y sube por la fija tensión feraz de ganarle el pulso a la palabra hacia donde hay que hablar un lenguaje nuevo: las espinas «enrosan» y a la noche se entra prevalido de la «palabraluz» —sin dejar una memoria de «enllamados» horizontes—. «Nevárame», «campea», «postigos», «sin mudanza»...: sube hacia la niñez nueva por una ganancia que ha mantenido; acordada ahora; y emergida de sus transparencias subliminales. Que yendo hacia la luz, también «habrás de secundar / la voz de las raíces»; la de las voces por ello significativas.

Marcos Rincón Cruz es un hombre verdaderamente, bellamente hecho al alto océano de la contemplación. Una vez le preguntó alguien por la fuente de sus poemas, y mil veces, con paciencia de escriba de la luz, le ha ido explicando en qué naturaleza ha sido llamado con su nombre; qué símbolos ya no lo eran: es decir, cómo eran vivos, en la paz de la mañana, la alondra de vuelo vertical y canto de gozo, la visión de los robledales, la entrevisión del Espíritu del Fuego en unos chopos de vaguada, las cumbres hirientes con su leve luz. Hasta el ritmo de versículo con que un poema le naciera. Incluso tras el empañamiento, siempre era uno el anhelo de eternidad.

Ahora su canto se da acristalado con la tersura del aire. Bendice el Viento. Vuela. De la endecha se ha ido al otro canto. «Es la hora de ungirse / del iris de certeza del silencio». Sube en obsesión y anhelo de la Gracia, de la Gracia Sola, de la Gracia Toda.

JUAN MIGUEL DOMÍNGUEZ PRIETO

DECLARACIÓN

La barca avanza en su singladura. El aliento e imán de una voz impulsa sus velas. Sabe que surca hacia el infinito. Sabe que el momento está cercano. Su silencio arde en el ansia del encuentro. Y quiere llegar saturada de aromas, lágrimas y belleza, rebotante de cantos, tesoros que han de quedar enojados con la infinita luz. Quiere llevarlos agradecida y gozosa a la otra ribera donde anclará en *una mañana pura* que no sabrá de ocasos, olvidadas tormentas y tinieblas, que nunca habrá ya de cruzar. La barca, en bonanza o azotada por el oleaje, va guiada por una esperanza que es certeza de que alcanzará la ribera que la imanta y la ha puesto sobre las aguas, certeza que se arraiga más y más, a medida que avanza fija en el futuro eterno. La travesía —lucha, zozobra y triunfo— terminará en la paz de la plenitud.

Titulé mi libro anterior *Defensa del crepúsculo*, concebido éste, no como tiniebla, sino como la luz en su momento de consumación y cima de fulgor y ardencia. Vividos unos años más, reafirmo esa visión del crepúsculo. Por doquier contemplo la plenitud, pero sin olvidar la fragilidad. Evocando mis libros, digo: Es *el asombro*, pero también el asombro herido; es *la niebla*, pero también el deslumbre y la *certeza*; es el *resplandor* del origen, que aún nos guía a la meta, y *la casa* siempre *encendida*; es la luz del crepúsculo, que convierte en hoguera el horizonte y hace arder el corazón, el cual se siente ya en el umbral de la luz inmortal. Creí que *Defensa del crepúsculo* sería quizás la despedida, pero el canto se prolonga en esta gavilla de poemas. Son dos partes de una misma vivencia, como lo

habían sido *Certeza* y *¡Sueño primero, resplandor aún!* Todo ello como respuesta a la búsqueda de luz y de sentido que, desde una situación de oscuridad, había sido *El Asombro* y *la Niebla*. Como en mis demás libros, los poemas han ido brotando al compás de la vida.

Defensa del crepúsculo cantaba su esplendor. Este nuevo libro, no ajeno al paso de los días y estaciones de la naturaleza y del alma, avanzando al ritmo de los años, supone un cambio: se acentúan las sombras y el despojo del declinar, pero son vividos como el umbral del resplandor y plenitud definitivos. Reaparece la niebla, nunca totalmente conjurada, pero no victoriosa. En el crepúsculo de este vivir no se me ha cerrado u oscurecido el horizonte. Viéndolo, mirando su luz, el corazón se siente en el umbral de la plenitud que ha de alcanzar. En este libro, además, tiene gran importancia la memoria, que ve las vicisitudes de la vida vivida con la luz de la cumbre, la cual les da su rostro más amable y generoso. La luz de la perspectiva y de la experiencia decantada hace ver la vida vivida como *esta armonía de dolor y gracia*, en expresión de Claudio Rodríguez¹, que lo vivido se armoniza y confluye en una labor que modela nuestra verdad.

Esto me lo han legado mis educadores, me lo ha enseñado la experiencia y la fe, pero también lo he bebido del manantial abundoso de los poetas, en especial de la fuente interior y espiritual de quien más me ha acompañado en ello: Juan Ramón Jiménez, que vivió y cantó la vida como esa *plenitud desnuda, eterna, esterna, interna*². Él proclama que quien emprende el viaje al interior de sí mismo, encuentra *el cielo que llevo dentro*³, que llevamos luz incluso en la más honda oscuridad, en

1. *Sin epitafio*, de *Casi una leyenda*, Barcelona 1991, 77.

2. *Plenitud*, de *La estación total*.

3. *Tus dos manos, esperanza*, de *El silencio de oro*.

*la mitad de lo negro*⁴. Sea este libro como mi homenaje definitivo a quien me ha enseñado a sentir, mirar y ver, ha alentado y mantenido mi vivencia interior, ha nutrido mis versos, les ha dado latido, voz y palabra: Juan Ramón, poeta siempre en búsqueda de la eterna realidad invisible, de su yo esencial y eterno, su verdadero yo, seguro de ser *tronco del árbol de lo eterno*⁵, que vivió la temporalidad y limitación ya afincado en la eternidad y el infinito, y que fue su profeta perenne y fiel. Sigo discípulo suyo intentando entrar cada vez más en el misterio sembrado en sus versos. Él no habla desde una perspectiva cristiana trascendente, pero su sufrimiento por la contingencia y temporalidad del existir, su necesidad y sed de eternidad, su certeza de que la eternidad está ya presente en la realidad temporal y visible hallan su perfecto complemento y culminación en lo que el cristianismo nos enseña y promete. No niego lo que Juan Ramón canta, doliente o gozoso, sino que lo elevo a una cumbre y plenitud trascendente, hacia la que sus poemas encaminan, de la que son un anuncio. La *certeza* de la que hablo en todos mis libros tiene su fundamento en algo, mejor, en alguien que nos trasciende, en alguien que es la plenitud y eternidad para la que estamos hechos y que nos espera segura en las manos de quien nos hizo.

Y sean mis versos también un testimonio de esperanza, de que vale la pena haber vivido, de *que no nacimos en balde*⁶, sean un canto a la vida, que proclame *qué bello al ir a ser es haber sido*, en palabras del mismo Juan Ramón⁷, que nada es inútil, aunque sea oscuro y doloroso o parezca estéril, que todo

4. Título de un poema de *En el otro costado*.

5. *Sé bien que soy tronco...*, de *Eternidades*.

6. Cicerón, *De senectute*, XXIII, 85.

7. *Paraíso*, de *La estación total*.

da un fruto, todo nos lleva a nuestra plenitud definitiva.
Quiero terminar fiel a la razón de mi poesía: hacer de ella un
combate por la esperanza.

Yo sé que estoy ya esperándome
(JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, «De dos lejos»)

Un ascua hemos de ser en plenitud
(JRJ, «Un ascua de conciencia y de valor»)

porque falta muy poco
para saltar al regocijo.
(CARLOS BOUSOÑO, «Oda en la ceniza»)

ARMONÍA DEL CANTO

FE DE PLENITUD

La eterna, la esterna, la interna plenitud

(J. R. Jiménez, «Plenitud»)

La ansiada plenitud,
que no me faltará,
su rostro muestra en esta tierra, en este hoy,
en la lumbre del aire y su silencio,
por donde asciende el gozo de las aves,
en el vigor del monte,
que presta trono al sol que nos convoca,
en el ansia del río y su certeza,
en la savia que al árbol reverdece,
en su voz mensajera, que en nuestras venas arde
y obtiene que en la arcilla
nunca se desmorone su vocación de roca.

¡Oh ansiada plenitud
que por mí subes, creces y a tu cumbre me elevas,
afirmo en ti mi fe, por la que vivo,
antes de que el sudario de la niebla me envuelva,
antes de que el vacío me devore!

¡Oh ansiada plenitud, por ti camino
con la mirada abierta, con los sueños despiertos,
sin que mi canto cese, aunque sea endecha,
sin que la escarcha, el yermo o el turbión
calcinen el verdor de mi esperanza!

EL CANTO

¿Cómo cesará el canto
si el silencio y la noche
susurran melodías en las venas,
escriben la armonía de la historia vivida;
si la añoranza del crepúsculo
nos trae estrellas nuevas
que dan brillo a las lágrimas
como un arco iris,
fiel profecía de transfiguración,
que hace llama de vuelo el ala herida
porque traspase ardiente los umbrales
que el sueño le anunciaba?

ANUNCIO

Umbral, ribera o cima.
Se acercan. Me lo anuncian
los ecos del otoño y las gaviotas,
los barcos que zarparon en abril
y vuelven con bonanza y velas blancas.

Umbral, ribera o cima.
Se acercan. Lo proclaman
el gozo de la alondra y la amapola,
el humilde silencio de la tarde,
el viento de los sueños aún en celo
y el río que no pierde las estrellas.

ECO

Me asociaré
al gorjeo del alba
porque falta una menos
para que nazca la inmortal,
que ha de acoger al tiempo, que se entrega.

OTOÑO ANUNCIADOR

Dulce y manso, el sol de otoño
anuncia un ocaso pleno:
de fuego que dora y canta
los años y los recuerdos,

de horizontes enllamados,
de cumbres nido del viento,
de lunas ya sin menguante,
de playas amaneciendo,

la paz del último ocaso,
la llama del postrer vuelo,
la flor del sueño que alcanza
el definitivo encuentro.

Lucen otoño y ocaso
su victoria y su contento.
A sus himnos a la vida
se unen gozosos mis versos.

ARRAS

Se deshizo la niebla, entristecida
de no tener pupila ni latido.
Se abrió la aurora
como camino abierto de promesas.
El coro de las aves, que ensayaba
para las nuevas nupcias del verdor y la arcilla,
despertó de su sueño al bosque y a la nieve,
y el deshielo
desató la alegría del torrente,
resucitó las yemas del mirto y del rosal.

Preparo, ofrezco el alma
como pradera y huerto.
El anhelo sembrado
en los sueños de otoño y la niñez
va a nacer árbol puro,
trigal que dará hogar a las alondras.
La primavera,
va a restaurar su reino,
y trae al corazón
la libertad, el canto y la belleza,
arras
de *la estación total* que está llegando

LUZ, CANTO, ANUNCIO

Está la paz en los sueños,
está el amor en la brisa,
en los recuerdos la luz
y la gloria en la ceniza.

El iris relampaguea
por el trigal y la viña,
y el ave eleva su canto
en el árbol de la vida.

En victoria se convierten
tantas batallas perdidas,
con certidumbre y bonanza
su verdad el alma mira.

Siente la sangre, silente,
una palabra benigna,
en el caer de la tarde
le anuncia la amanecida.